

La violencia emocional, también conocida como abuso mental o psicológico, puede darse en una multitud de formas, como por ejemplo: atemorizar, aterrorizar, amenazar, explotar, rechazar, aislar, ignorar, insultar, humillar o ridiculizar a un niño. Puede tratarse asimismo de no prestarle apoyo emocional, desatender sus necesidades educacionales o médicas, exponerle a violencia doméstica y acoso psicológico o someterle a novatadas. Tampoco podemos olvidar las prácticas extremas de violencia emocional, como el aislamiento y otras formas degradantes de reclusión. Si bien la angustia o el daño emocional son, a menudo, consecuencia de haber sufrido violencia física o sexual, los niños también son blanco de actos de agresión psicológica o verbal.

La violencia emocional contra los niños es habitualmente perpetrada por personas con las que éstos tienen una relación o vínculo personal estrecho. En efecto, varias investigaciones han identificado a los padres y tutores como los infractores más comunes. De acuerdo con el cuarto estudio

nacional de Estados Unidos sobre la incidencia del maltrato y descuido al niño (*Fourth National Incidence Study of Child Abuse and Neglect*), el 73% de todos los casos de abuso emocional a niños en el periodo 2005-2006 apuntaban a uno de los padres biológicos como perpetradores.

A pesar de que en algunos países como Canadá, Portugal, Suecia, Reino Unido, Zimbabue o Botsuana se ha comenzado a explorar la violencia emocional de profesores, compañeros o parejas, todavía escasean los estudios sobre los actos de violencia emocional perpetrada por actores que no sean los padres. Así, la violencia emocional sigue siendo una realidad escondida, con muy pocas estadísticas relevantes, algo que puede atribuirse a la dificultad de conceptualizar todas las posibles manifestaciones de violencia emocional y de cuantificar sus innumerables ramificaciones.

Fuente : UNICEF/LeMoyné





Fuente: UNICEF/D'aki

Consecuencias a corto y largo plazo

A diferencia del abuso físico, que causa heridas visibles en el cuerpo del niño, la violencia emocional es más sutil y puede ser más difícil de identificar, tanto para las víctimas como para terceros. Sin embargo, sus consecuencias pueden ser igual de devastadoras. Los niños que sufren episodios recurrentes de violencia emocional crecen a menudo pensando que tienen algún tipo de deficiencia. Lo que es más, pueden culparse a sí mismos por el abuso sufrido, internalizando las agresiones físicas y verbales.

Además, los estudios han mostrado que la exposición al abuso emocional en la infancia tiene una serie de efectos a largo plazo, que pueden durar hasta la edad adulta, entre los que destacan la depresión, ansiedad, estrés post traumático, baja autoestima, aislamiento y distanciamiento de otras personas, apego inseguro y dificultad para relacionarse. Por otro lado, una investigación muestra que las consecuencias de la violencia emocional

varían dependiendo de la forma que ésta adopte. Los niños que fueron aterrorizados repetidamente por sus cuidadores tienden a desarrollar ansiedad y trastornos somáticos en la edad adulta, mientras que aquellos que son ignorados y degradados pueden desarrollar trastorno límite de la personalidad (TLP) o borderline.

Análisis de casos en África

Metodología

Entre 2007 y 2011 se llevaron a cabo una serie de Encuestas sobre violencia contra los niños (*Violence Against Children Surveys-VACS*) en cuatro países africanos –Kenia, Suazilandia, Tanzania y Zimbabue– dirigidas a jóvenes, de entre 13 y 24 años, que habían sufrido violencia emocional antes de los 18. Si bien tanto la manera de registrar la violencia, como las muestras de población, varían entre los países, podemos presentar algunos hallazgos comunes, que pueden ser reveladores a la hora de entender las tendencias generales del problema para los niños.

Hallazgos

En primer lugar, los datos sugieren que los varones son algo más proclives que las mujeres de sufrir violencia emocional. En Zimbabue, por ejemplo, el 38% de los hombres jóvenes denunció incidentes de abuso emocional en la infancia, contra un 29% entre las mujeres. En Suazilandia, fueron 30% las mujeres que indicaron haber estado sometidas a abuso emocional.

Por otro lado, los datos nos permiten identificar unos patrones que se repiten en todos los países, en cuanto a las formas de violencia emocional sufrida. La más común, tanto en Kenia como en Zimbabue, resultó ser la humillación por parte de un adulto. No obstante, se registró una diferencia notable entre sexos. Mientras el 25% de los hombres en ambos países había sido humillado, la cifra era menor entre mujeres: del 18% en Kenia y 13% en Zimbabue. En Tanzania, sin embargo, la forma más común de abuso emocional fue el insulto,

sufrido por 1 de cada 5 jóvenes. Muchos de los encuestados también admitieron haberse sentido rechazados por un adulto u otro cuidador: un 17% en Zimbabue, 15% en Kenia y 8% en Tanzania. En cuanto a la manifestación de violencia emocional menos recurrente, en todos los países estudiados se apuntó al abandono. Aun así, el 12% de los encuestados en Zimbabue fue amenazado con ser abandonado, junto con el 6% de mujeres y el 9% de varones de Kenia. En Tanzania, la proporción era algo menor: 5% en hombres y 4% en mujeres.



Fuente: UNICEF/Pirozzi

Si bien los jóvenes encuestados en los cuatro países habían sido abusados por una diversidad de cuidadores u otros adultos con autoridad, queda claro que muchos niños están expuestos a la violencia emocional en el ámbito familiar. Por ejemplo, en Tanzania, en la inmensa mayoría de los casos –80% entre las mujeres y 65% entre los hombres– el acosador era un familiar. En Suazilandia, los infractores más citados fueron otros familiares diferentes a los padres. Así pues, el 29% de las mujeres admitió ser abusada

por una familiar de su mismo sexo pero que no era ni su madre ni madrastra; por ejemplo, una tía o abuela. Otro 24% de estas jóvenes había sufrido abuso emocional de un familiar, pero esta vez de un hombre, que tampoco era ni su padre, padrastro ni marido.

Más allá de la violencia dentro de la familia, muchos jóvenes han sufrido abuso emocional fuera del hogar. Por ejemplo, en Tanzania, aunque la mayoría de los encuestados había sido abusado por un familiar, muchos también contaron haberlo sufrido por parte de un vecino, pareja o figura de autoridad. En el caso de los vecinos, hasta un 34% de los varones y 19% de las mujeres admitió haber sido abusado emocionalmente por éstos.

Los infractores también varían dependiendo del tipo de acto violento cometido. En Kenia, por ejemplo, los jóvenes casi siempre manifestaron haber sido humillados por profesores y vecinos. Similarmente, en Zimbabue, la humillación por parte de un profesor o tío fue la más citada por los hombres, mientras que las tías o las madres fueron las más nombradas por las mujeres. Entre los naturales de Zimbabue que declararon haberse sentido rechazados, la mayoría (cerca de una tercera parte, tanto de hombres como mujeres) señalaron a una tía o tío de su mismo sexo como culpables. En Kenia, en la mayoría de casos (31% para los hombres y 24% para las mujeres), los jóvenes culpaban a sus padres por hacerles sentir rechazados. En cuanto a las amenazas de abandono, los responsables suelen ser los padres, madres o las tías. Los varones de Kenia fueron especialmente vulnerables a amenazas de abandono por parte de sus padres, y, efectivamente, más de la mitad denunció haberlo sufrido. Mientras que las jóvenes acusaron, en la mayoría de casos, a sus madres, abuelos o tíos por abandono, en el caso de los varones, los acusados fueron otros: los padres, tíos y finalmente, las madres.